

Ressenyes

GLUCKSMANN, André
Dostoievski en Manhattan
Madrid: Taurus, 2002

ZULAIKA, Joseba; DOUGLASS, William A.
Terror and taboo: the follies, fables and faces of terrorism
Nueva York: Routledge, 1996

REINARES, Fernando
Terrorismo y antiterrorismo
Paidós: Barcelona, 1998

Dialécticas violentas

La urgente necesidad por entender la violencia política de carácter terrorista en las sociedades democráticas, ha impulsado desde hace décadas el desarrollo de numerosos estudios empíricos y de distintas reflexiones desde muy diversos enfoques. Los acontecimientos del 11 de septiembre han contribuido a agudizar más esta tendencia, publicándose numerosas obras, las cuales no todas contribuyen en la misma medida a intentar explicar lo sucedido, sino que en algunos casos definen unas perspectivas simplificadoras de corto alcance, y de sospechosa honestidad intelectual. Sin embargo, para comprender la denominada «violencia terrorista», sus causas y consecuencias, no es necesario recurrir sistemáticamente a la última bibliografía publicada sobre dicha temá-

tica. Es suficiente con acudir a textos que, si por el momento todavía no constituyen clásicos del género en el sentido estricto de la palabra, sin embargo se han erigido, o lo harán en el futuro, en referentes inequívocos y de inevitable crítica.

Las tres obras que se comentan a lo largo de estas líneas poseen la particularidad de que hacen referencia a la misma temática, aunque entre ellas se pueden establecer dos líneas de fractura claramente perfiladas. La primera, fácilmente observable, es la relativa a la pluralidad de enfoques. La obra de André Glucksmann, de clara inspiración filosófica, se plantea como objetivo aislar la esencia del terrorismo moderno posterior al 11-S en torno a unos renacidos valores de carácter nihilista, para lo que el atentado contra las torres gemelas, así como la guerra en Chechenia constituyen los referentes

empíricos más inmediatos, y no duda en acudir al análisis histórico y literario del contexto ruso para extrapolar una serie de conclusiones. El estudio realizado por Joseba Zulaika y William A. Douglas, profundiza a través de la vía antropológica en la crítica del propio término *terrorismo*, al que consideran plenamente cargado de intencionalidad y de muy limitado potencial explicativo, se destaca implícitamente la necesidad de reenfocar los estudios respecto a esta temática y se proponen alternativas que podrían permitir desarrollar propuestas de análisis omni-comprendidos en los que se desarrollara una visión estructural de la dialéctica entre violencia y contraviolencia. Finalmente, la obra de Fernando Reinares se erige en claro referente en lengua española del estudio sobre el terrorismo desde los enfoques politológico y sociológico. En un contexto como el español, en el que la mayoría de los textos poseen unos condicionantes políticos significados o constituyen reflexiones o vivencias personales, esta obra conforma un elemento ordenador que, a pesar de su limitada extensión, aborda profusa y densamente todos los factores estructurales y coyunturales, internos y externos que es necesario tomar en consideración.

La segunda fractura a la que he hecho referencia lo constituyen las fechas de publicación. El trabajo de Glucksmann es posterior a la fatídica fecha, mientras que los otros son anteriores, lo que sin embargo no les quita un ápice de interés, puesto que continúan, sin duda, aportando argumentos para el debate actual en un contexto en el que el escenario político internacional y la importancia atribuida al terrorismo como factor desestabilizador han variado radicalmente, mientras que los intereses políticos profundos de difícil detección inmediata, pero de insoslayable importancia, continúan imperturbables.

El trabajo más reciente de Glucksmann posee la peculiaridad de intentar reactivar

una filosofía del comportamiento político como es el nihilismo, ubicándola en un espacio-tiempo que se asemeja a épocas pretéritas, puesto que la naturaleza humana continúa una línea tristemente coherente e inalterable. El punto del que parte el autor, señalando abiertamente que todo continúa igual, le empuja por la senda de un discurso profundamente desesperanzado, en el que los ejemplos inmediatos contribuyen a profundizar en esa sensación de desazón existencial. Los principios éticos continúan subordinados a objetivos de carácter político, lo que contribuye a difuminar la frontera, por lo demás nunca nítidamente delimitada, respecto al denominado «terrorismo», concepto cargado de sesgos e intencionalidades. Viejos comportamiento y nuevos contextos conforman un renovado escenario en el que sin embargo no todo es posible, puesto que las atávicas actitudes prevalecen frente a una modernidad que no logra domesticar las conciencias y los corazones de los decisores políticos. Las nuevas guerras afianzan ese nuevo escenario de relativa incertidumbre política, en la medida en que, por primera vez en los últimos quinientos años, se pone en duda un modelo de organización política de contrastada eficacia como es el Estado, lo que constituye un factor que contribuye a promover sensibilidades alejadas de las lealtades tradicionales a los principios estatistas, emergiendo un simbólico mundo de no-lealtades que se autocontiene y se manifiesta principalmente a través de la acción. Implícitamente, Glucksmann insinúa que la desesperanza, el miedo y la frustración son las novedosas sensaciones que embargan a los ciudadanos de los países desarrollados, donde la seguridad constituía un aparente principio inalterable. El terror que nunca había desaparecido en aquellas sociedades alejadas de Occidente, irrumpe súbitamente con clara vocación de permanencia, alterando percepciones y conciencias, inicialmente desorientadas, pero rápida-

mente dispuestas a sumergirse en la premodernidad para encontrar respuestas a lo que se viene encima.

Y es en este escenario donde hace aparición el nihilismo con su exclusiva visión de la acción, con el objetivo de lograr incomensurables destrucciones. Hay tanto que devastar, que resulta prematuro planear la reconstrucción de un mundo sobre nuevas bases y principios. La prioridad es la acción destructiva e irreflexiva, puesto que ya se ha reflexionado y se ha emitido la sentencia inculpatoria contra toda la civilización. No existe el mal, y la ignorancia se erige en la más sublime actitud como punto de partida para los ejecutores de tan magna empresa. Para el autor, estas dinámicas emergentes han sido ya descritas con profusión por parte de ciertos literatos que antepusieron una visión descriptiva a otra de carácter prescriptivo empeñada en ocultar la naturaleza del corazón humano con el fin de alumbrar un mundo mejor. Sin embargo, dicho empeño resultó estéril a la luz de la posterior evolución de los acontecimientos, mostrando con claridad cómo las salvíficas intenciones se convirtieron finalmente en estrechas jaulas que incluso impedían a los individuos alzar la cabeza para observar lo que sucedía fuera. Los literatos rusos constituyen la quintaesencia del espíritu descriptivo y al mismo tiempo denunciador de la realidad. La incisiva visión de Dostoievski al destacar cómo la violencia consolidaba los grupos pequeños o describiendo los espacios marginales de la conciencia, constituye simplemente un ejemplo clarividente de la labor que esta literatura realizó en favor del conocimiento de la oscura naturaleza humana.

Devastador resultará asimismo el recorrido que Glucksmann realiza en torno a la historia de Rusia y la de sus principales actores como configuradores de una actitud vital que caracterizará a Rusia y se difundirá por el mundo. La superación del pasado y el asentamiento de la moder-

nidad exigieron una inmisericorde ruptura con tradiciones y valores pretéritos mediante su radical cercenamiento a través de la violencia. En nombre del futuro, del progreso y de la utopía, está permitido convertir el presente en un infierno, resultando finalmente difícil discernir donde está el bien y donde se sitúa el mal, proyectándose ambos de forma paralela en una eterna e ilimitada espiral debido a su estructura circular autocontenida. La crítica al presente por parte del autor no es menos pesimista. Las dinámicas se repiten y no parece que exista voluntad de enmienda por parte de los actores principales. En las actuales circunstancias, el nihilismo impregna lentamente las actitudes de ciertos entornos influyentes, y no existe una respuesta decidida, porque no se dispone de los instrumentos adecuados, ni de la voluntad necesaria para llevarlo a cabo. Se siente pesimista respecto al proyecto europeo, puesto que en parte no ha sabido quebrar esta dinámica.

Si bien los razonamientos que utiliza el autor son muy esclarecedores respecto a la trayectoria seguida por esa actitud para la acción que encarna el nihilismo, sin embargo entraña cierta dificultad la comprensión de ciertas argumentaciones *ad hoc*, basadas en el caso checheno, resultando difícil de entender sin la precisa contextualización de la característica devoción afrancesada por estos *pueblos oprimidos*, cuya imagen resulta excesivamente simplificadora. La complejidad del problema checheno obliga a distanciarse del análisis de Glucksmann y de tantos otros que plantean un escenario de claro enfrentamiento clásico dialéctico entre dos contendientes, el opresor y el oprimido, siendo necesario resaltar la existencia de un conflicto multilateral de geometría variable en el que se producen alineamientos coyunturales en favor y/o en contra de los rusos en función de las circunstancias definidas por los *Warlords*. Por lo tanto, y siguiendo la argumentación del propio autor respecto a las nue-

vas guerras, nos encontramos en un escenario novedoso con elementos atávicos, en una sociedad como la chechena, dramáticamente fracturada y desprovista de esa aureola neorromántica con la que el autor la pretende recubrir. El final resulta, asimismo, desorientador y confuso, hasta el extremo de atribuir un poder redentor contra el nihilismo a los soldados de una facción de la guerra de Afganistan y a las acciones de las tropas estadounidenses, lo que, en las actuales circunstancias y tras los meses transcurridos, parece aventurado, puesto que cada vez resulta más evidente, y por lo tanto preocupante, la aparente complementariedad dialéctica de las violencias presentes en aquel escenario.

El enfoque por el que apuestan Zulaika y Douglass es radicalmente distinto al ofrecer una perspectiva que incide básicamente en un análisis estructural de la violencia política, por lo que insisten en las limitaciones que plantea la utilización sistemática de un término tan extremadamente ambiguo como es el de *terrorismo*. Todo el libro gira en torno al problema de la definición, cuestión que sin duda posee una gran importancia, puesto que supone suscitar un debate polémico acerca de la propia naturaleza de la violencia política. Los acontecimientos del 11-S contribuyeron a incrementar la complejidad del escenario conceptual, pero estrechando más si cabe el espacio de discusión en Occidente.

Resultan muy interesantes algunas de las reflexiones que ofrecen los autores en relación con la violencia política en su variante terrorista al destacar su permanencia a pesar de la captura de los grandes protagonistas de dicho fenómeno durante la guerra fría. Dentro de la calificación de terrorista, en nuestros actuales contextos se incluyen comportamientos que no lo son, pero a través de cuya adscripción se pretende anatematizar a un determinado colectivo con el fin de justificar política y socialmente su erradicación.

Ciertamente, resulta inquietante la permeabilidad de la frontera entre la calificación de un individuo como terrorista y su definición alternativa como luchador por la paz o defensor de los derechos de un pueblo oprimido. Esta preocupante alternancia se percibe con suma claridad en la concesión de los premios Nobel a personas que han atravesado ambas etapas, y sobre los que en algunos casos no existe consenso alguno, en la volatilidad de los países que son incluidos en la lista de estados terroristas o en la disparidad de las cifras sobre acciones terroristas dependiendo de las agencias gubernamentales que se consulte, incluso en un mismo país. En definitiva, la carga moral y valorativa que se ha incorporado al término *terrorismo* lo invalidan para constituir una categoría explicativa autónoma, inhabilitándola asimismo para definir actitudes y comportamientos que han de ser abordados desde una voluntad basada en una asumida honestidad intelectual.

Los autores ofrecen una respuesta inquietante a esta atribución de significado profundo al término *terrorismo*, al relacionarlo con una posible patología política, afirmación que no resulta políticamente correcta en el actual nuevo escenario, pero ello no ha de impedir reconocer que el discurso constituye un arma más, sin duda fundamental y de primera línea en la dialéctica que se establece entre terrorismo y contraterrorismo. Zulaika y Douglass reconocen la existencia de una dinámica interna a las propias instituciones que se sostiene sobre la necesidad de la autorreproducción, para lo que es necesario encontrar una justificación razonable y creíble. Las incursiones que realizan los autores a través de los diversos mecanismos de atribución de sentido dentro del término *terrorismo* arrojan resultados desalentadores, principalmente cuando hacen referencia al discurso narrativo, considerando muy limitada su capacidad para explicar y dotar de sentido a las acciones calificadas como terroristas.

Esta obra, sin duda, resulta polémica por los planteamientos de los que parte y que en gran medida constituyen argumentos que, en un contexto como el actual, se alejan de la dialéctica de la confrontación abierta a todos los niveles entre el Estado y esta modalidad de violencia política. Los enfoques antropológicos tienden, desde la asunción de ciertos principios relativistas que en algunos casos evolucionaron hacia enfoques posmodernos y *deconstruccionistas*, a situarse a cierta distancia del fenómeno, lo que no es fácilmente asumible por los contendientes cuando el fragor de la batalla y las explícitas posturas irreconciliables impiden sentar las bases para una reconducción de la confrontación. La lucidez antropológica en el análisis puede ser confundida con la complacencia políticamente acrítica, lo que sin duda no es comprendido en un escenario tan pleno de emotividad en el que las víctimas nunca son suficientemente resarcidas por su dolor y donde los agravios políticos forman parte de la realidad cotidiana.

La visión de la que parte Fernando Reinares constituye un contrapunto radical al planteamiento ofrecido por los coautores de la obra anterior, comenzando por los enfoques politológicos y sociológicos de los que se parte, y que sin duda supone una novedad en el panorama editorial en lengua castellana. Las premisas de la obra hacen referencia a las dificultades políticas e históricas para definir lo que es terrorismo, ofreciendo sin embargo una definición omnicomprendiva que salva los escollos de las críticas que tradicionalmente se han vertido respecto a la unilateralidad de la definición. La categorización de los distintos tipos de terrorismo en relación con sus objetivos y con las relaciones que mantienen con el poder establecido, otorgan valor y sentido al término *terrorismo* y permite su utilización en los diversos escenarios y con distintos actores que abarcan desde Sendero Luminoso hasta los GAL.

La gran aportación de esta obra es la sistematización de los estudios que se han realizado en torno a esta materia. El propio índice permite una aproximación parcelada y ordenada en relación con los diversos enfoques, habiéndose esforzado asimismo el autor en fundamentar sus argumentos sobre estudios empíricos existentes, lo que sin duda ofrece un valor añadido a todo el trabajo. Atención especial merece, como ya se ha mencionado, la conceptualización del término *terrorista*, que para el autor no debe adscribirse tanto al sujeto que lo practica, sino a la acción en sí, lo que sin duda tiene unas implicaciones de fondo realmente significativas. El hecho de que el terrorismo no debe ser definido respecto a los objetivos políticos que persiguen sus practicantes, sino en relación exclusiva con los procedimientos que utiliza, abre una vía de reflexión destacada en torno a ciertas tentaciones que se perciben en algunos gobernantes a definir la disidencia política mediante calificaciones poco apropiadas pero cargadas de intencionalidad política.

El autor también presta atención preferente a los contextos que permiten el surgimiento del fenómeno. Y si bien se pueden establecer generalizaciones a partir de las cuales es posible detectar contextos favorables a la emergencia del terrorismo, lo cierto es que la combinación de condicionantes particulares de muy diferente carácter es lo que finalmente permite establecer las razones por las que la violencia política hace su aparición. Como regla general, el autor defiende el argumento de que son sociedades complejas en las que el control sobre la población es limitado, ya sea por la existencia de un régimen pluralista y tolerante, o de carácter autoritario que se encuentra en plena crisis, las que posibilitan en mayor medida la aparición de organizaciones violentas. Las implicaciones de estas conclusiones resultan inquietantes para sociedades crecientemente complejas y con una rele-

vante sociedad civil como eje de las diversas dimensiones de la vida ciudadana, contribuyendo todo ello sin duda a incrementar la vulnerabilidad de nuestras sociedades democráticas. Las motivaciones individuales y colectivas de los terroristas están también muy presentes en la obra, donde se hace referencia a las peculiaridades de los individuos y a las dinámicas internas de grupo, se perciben simultáneamente ciertos patrones generalizables, aunque se registran asimismo significativas excepciones. Lo que resulta indiscutible es que los entornos políticos, sociales, culturales y familiares ejercen una influencia desproporcionada respecto a otros factores de clásica factura como son los de carácter económico, cuyo influjo ha de ser ponderado, lo que entra en clara contradicción con ciertos enfoques parcialmente superados.

La respuesta al terrorismo constituye una parte de capital importancia en cualquier reflexión que se realice respecto al terrorismo en las sociedades democráticas, puesto que la solución al problema de la violencia en dichos contextos no debe ser concebida exclusivamente como la aniquilación de los desafidores violentos, sino que la prioridad debe situarse con claridad en la prevalencia de las estructuras políticas democráticas, de lo contrario, la acción de los violentos habrá conseguido al menos parte de sus objetivos. Por esta razón, resulta muy razonable, e incluso necesario, este tipo de reflexiones en las cuales se tome en consideración todas las dimensiones de la respuesta al terrorismo, con el fin de poner en evidencia la radical interconectividad de todas ellas. Fenómenos extremadamente disruptivos, como este tipo de violencia, facilitan la emergencia de patologías organizativas y de comportamiento en las estructuras de seguridad de difícil tratamiento, que en esta obra son abordadas en detalle.

Finalmente, Reinares hace referencia a la creciente complejidad del fenómeno terrorista y a su futura proyección inter-

nacional. El fenómeno de la globalización a muy diferentes niveles impacta asimismo sobre el terrorismo y su capacidad de expansión. El terrorismo internacional requiere redes cada vez más sofisticadas y una capacidad de acción global, para lo que resulta perentorio establecer vínculos de colaboración con el crimen nacional o transnacional organizado, así como con el narcotráfico. El actual terrorismo internacional no tiene demasiado en común con el que se prodigaba durante la guerra fría y promovido según los contextos por la Unión Soviética o los Estados Unidos. El actual resulta particularmente peligroso precisamente por la ausencia de un patronazgo fácilmente identificable, por el desarrollo de una red difícilmente detectable y por la disposición de importantes fondos. Con el fin de combatir precisamente en este nuevo contexto, los estados están ensayando nuevos procedimientos de cooperación.

Las tres obras constituyen sin duda referencias insoslayables en un escenario como el actual, en el que prevalecen visiones desintegradoras y excluyentes. Las dos últimas obras pueden releerse a la luz de los últimos acontecimientos, no habiendo perdido actualidad en ninguno de los casos, aunque probablemente los argumentos de Zulaika y Douglass puedan verse en el presente sometidos a una significativa mayor crítica que cuando fueron escritos, por la dificultad de mantener una serie de argumentaciones difícilmente comprensibles en el actual contexto marcado por una factualidad terca y desbordante. En cualquier caso, resulta necesario destacar la aportación que realizan estos trabajos en la definición de un fenómeno tan actual y de sus elementos anejos, que tan crípticos pueden resultar para una sociedad tan condicionada por la influencia de las élites políticas y de los medios de comunicación, y cuyos intereses pueden divergir significativamente de mayorías sociales de escasa influencia política o mediática. Resulta muy conveniente

que, desde los medios intelectuales y la Academia, se realicen esfuerzos de este tipo que contribuyan a transmitir, sin intermediaciones, ideas y actitudes que puedan facilitar la comprensión de dicho fenómeno, incorporando a la propia sociedad al debate sobre cómo afrontarlo y no permitiendo que los políticos, de forma

autónoma y opaca, activen, al servicio de sus propios intereses, facultades e instrumentos que puedan amenazar la voluntad de construir sociedades abiertas y plurales.

Oscar Jaime-Jiménez
Universidad Pública de Navarra

DÍAZ DE RADA, V.

Organización y gestión de los trabajos de campo con encuestas personales y telefónicas

Barcelona: Ariel, 2001

Unos de los retos más frecuentes a los que se enfrentan los encuestadores y los encargados de la planificación y la ejecución del trabajo de campo en general, se encuentran en lo que podríamos llamar un «manual» como lo es el libro de Vidal Díaz de Rada. Lo que pretendo en este artículo es recomendarles a ustedes un libro que salió al mercado en marzo del 2001 titulado *Organización y gestión de los trabajos de campo con encuestas personales y telefónicas*, del autor Vidal Díaz de Rada.

El libro consta de varios capítulos y, aunque en su forma es teórico (no posee una formulación de ejercicios que el lector pueda realizar), se trata a la vez de una obra que narra la práctica de cómo organizar y gestionar los trabajos de campo, y cuenta de una manera muy exhaustiva todas las dificultades que le pueden ocurrir a un trabajador (desde el jefe del trabajo de campo hasta el encuestador) en dicha área, quedando claramente demostrada la experiencia del autor en este tipo de trabajo. Y además de la experiencia del autor, me atrevería a decir que queda demostrado también el interés del autor por esta parte del proceso de investigación al que tan poco caso se le realiza, al menos en las empresas para las cuales a mi me ha tocado trabajar como encuestadora.

Introduce primeramente al lector en el tema de la «Preparación del trabajo de campo: selección y formación de los entrevistadores», donde trata las características a considerar en el proceso de selección de los encuestadores, cuáles deben ser las cualidades de los entrevistadores que realizan el pretest, cómo debe ser el tamaño del equipo de encuestadores según el tiempo, el presupuesto, el tamaño muestral, el tiempo necesario para los desplazamientos del entrevistador, la localización del entrevistado, la presentación del estudio, el tiempo de descanso del entrevistador..., la formación general y específica que deberían recibir los encuestadores y algunas técnicas de transmisión de conocimientos.

El siguiente capítulo trata de manera concisa y clara el tema de la elección de las unidades de observación. De manera mucho más clara que en otros manuales que he podido leer, nos habla de los tipos de muestreo y su importancia en el establecimiento del tamaño muestral: repasa el muestreo aleatorio simple, el aleatorio sistemático, el aleatorio estratificado y el aleatorio por conglomerados. Si no fuera porque al final de este capítulo contiene un epígrafe sobre la «planificación y solución de problemas en la localización de las viviendas», este capítulo no tendría muchas diferencias con los que vienen en